

REGLAS, PERCEPCIÓN E INTELIGIBILIDAD*

FRIEDRICH A. HAYEK

I ACCIÓN GUIADA POR REGLAS

El ejemplo más llamativo del fenómeno que constituirá nuestro punto de partida es la habilidad de los niños pequeños para emplear el lenguaje según reglas gramaticales e idiomáticas de las que son totalmente inconscientes. «Acaso haya —escribió Edward Sapir hace treinta y cinco años— una enseñanza muy profunda en el hecho de que incluso un niño puede hablar la lengua más difícil con facilidad idiomática, mientras que se requiere un tipo no común de mente analítica para definir los elementos simples de ese mecanismo lingüístico increíblemente sutil que no pasa de ser un juguete en el inconsciente del niño»¹.

* *Estudios de filosofía, política y economía*, Hayek, F.A. Unión Editorial, 2007, pp. 85 a 114.

¹ E. Sapir (52, p. 549). Un conocimiento ulterior de la naturaleza del orden gramatical hace que este éxito de los niños parezca aún más notable, y R.B. Lees ha observado recientemente (32, p. 408) que «en el caso de este fenómeno del lenguaje, típicamente humano y culturalmente universal, el modelo más simple que podemos construir para explicarlo revela que la gramática es del mismo orden que una teoría predictiva. Si tuviéramos que explicar adecuadamente el hecho indudable de que un niño de cinco o seis años de edad ha reconstruido en cierto modo por sí mismo la teoría de tal lenguaje, parecería que nuestras nociones de aprendizaje humano se deben a una considerable sofisticación.» Sobre toda la cuestión véase también M. Polanyi (45), en particular los capítulos sobre «Habilidad» y «Articulación», y las agudas observaciones de A. Ferguson (7, p. 50): «Es una suerte que en este, como en otros campos a los que se aplican la especulación y la teoría, la naturaleza proceda por su curso, mientras que los investigadores curiosos se ocupan de definir sus principios. El campesino y el niño pueden razonar, juzgar y hablar cada uno su propio lenguaje con un discernimiento, una coherencia y una exactitud de analogía capaz de dejar perplejos al lógico, al moralista y al gramático si pretendieran descubrir el principio en que se basa este proceso y encajar en reglas generales estos hechos que son tan familiares y están tan confirmados en los casos particulares.»

Este fenómeno está muy extendido e incluye todo aquello que llamamos habilidades. La habilidad de un artesano o de un atleta que en inglés se llama *knowledge how* (saber cómo) (esculpir, montar en bicicleta, esquiar o hacer un nudo) pertenece a esta categoría. Una característica de esta habilidad es que de ordinario no somos capaces de formular explícitamente (discursivamente) el modo de obrar en cuestión. Un buen ejemplo nos lo refieren a este respecto M. Friedman y L.J. Savage:

Consideremos el problema de la previsión, antes de toda jugada, de la trayectoria de una bola de billar golpeada por un jugador experto. Sería posible elaborar una o más fórmulas matemáticas que nos dieran las trayectorias capaces de conquistar puntos y de indicar, entre éstas, la (o las) que pueda dejar las bolas de billar en la mejor posición. Desde luego, las fórmulas podrían ser extremadamente complejas, ya que deberían tener necesariamente en cuenta la posición recíproca de las bolas, de la baranda, y de los complicados fenómenos inducidos por la técnica «a la inglesa». Sin embargo, no parece irracional que puedan obtenerse excelentes predicciones a través de la hipótesis de que el jugador de billar tire *como si*, conociendo las fórmulas, pudiera estimar exactamente a ojo las angulaciones, etc., describiendo la posición de las bolas, pudiera derivar de las fórmulas cálculos fulmíneos y pudiera así dirigir la bola en la dirección indicada por las propias fórmulas².

(Un ser dotado de poderes intelectuales de un orden más elevado describiría probablemente todo esto diciendo que el jugador de billar actuó como si pudiera pensar.)

Si somos capaces de describir tales habilidades, debemos hacerlo indicando las reglas que guían las acciones de las que los autores no suelen ser conscientes. Por desgracia, el uso del inglés moderno generalmente no permite emplear el verbo *can* (poder) en el sentido del alemán *können* para designar todos aquellos casos en que un individuo sabe solamente «cómo» hacer una cosa. En los ejemplos aducidos, probablemente aparecerá de inmediato como destacado el hecho de que el *know how* consiste en la capacidad de

² M. Friedman y L.J. Savage (8, p. 87).

actuar siguiendo unas reglas que podemos descubrir, pero no tenemos necesidad, para obedecer a las mismas, de poder formularlas³. El problema, sin embargo, tiene un alcance mucho más amplio de lo que a primera vista pudiera parecer. Si lo que se denomina *Sprachgefühl* (sentido del lenguaje) consiste en nuestra capacidad para seguir reglas aún no formuladas⁴, no hay razón alguna para que, por ejemplo, el sentido de justicia (*Rechtsgefühl*) no deba consistir también en la capacidad de seguir reglas que no conocemos, en el sentido al menos de conseguir formularlas⁵.

De estos ejemplos, en los que la acción se guía por reglas (esquemas de movimiento, principios ordenadores, etc.) que el actor no tiene por qué conocer explícitamente (es decir no tiene necesidad de poder especificar, de describir discursivamente o de «verbalizar»)⁶, y en los que el sistema nervioso parece, por decirlo así, que actúa como un «ejecutor de modelos de movimiento», debemos pasar a analizar los correspondientes y no menos interesantes ejemplos en que el organismo es capaz de reconocer acciones conformes con esas reglas o esos modelos, sin que sea consciente de los elementos de esos esquemas, y por ello

³ Véase G. Ryle (48 y 49, capítulo 2). La casi completa pérdida de la connotación original de *can* en inglés, que no puede emplearse como infinitivo, no sólo es un obstáculo para tratar fácilmente estos problemas, sino que es también una fuente de confusión en la comunicación internacional de las ideas. Si un alemán dice *Ich weiss, wie man Tennis spielt*, ello no implica necesariamente que sepa cómo jugar al tenis, lo que un alemán expresaría diciendo *Ich kann Tennis spielen*. En alemán, la primera frase afirma el conocimiento implícito de las reglas del juego y podría, si el que habla hubiera realizado estudios especiales sobre el movimiento, referirse a las reglas con las que se puede describir la habilidad de un jugador, una habilidad que quien dice conocer estas reglas puede no poseer. En efecto, el alemán dispone de tres términos para lo que en inglés se dice to know: *wissen*, que corresponde a «conocer», *kennen*, que corresponde a «ser familiar», y *können*, que corresponde a «saber cómo». Véase la interesante discusión de H. von Helmholtz (21, pp. 92 ss). El pasaje sólo se vierte de manera inevitablemente imperfecta en la traducción inglesa de esta obra.

⁴ Véase F. Kainz (23, p. 343): «Las normas que guían a los que hablan distinguen lo justo de lo falso, forman en su conjunto el sentido de la lengua.»

⁵ Véase L. Wittgenstein (66, p. 185): «Conocer significa sólo ser capaces de describir.»

⁶ Dado que el significado de muchos de los términos que tendremos que usar es en cierto modo fluido, a veces usaremos el estratagema de reagrupar quasi-sinónimos que, aunque de significado no idéntico, con la superposición de su significado definen más exactamente el sentido en que empleamos esos términos.

se debe suponer que posee también un tipo de «detector de modelos de movimiento».

II PERCEPCIÓN GUIADA POR REGLAS

La capacidad que el niño tiene de comprender los diversos significados de frases expresadas mediante una apropiada estructura gramatical nos ofrece el ejemplo más conspicuo de percepción guiada por reglas. Las reglas que no somos capaces de formular no guían, pues sólo nuestras acciones, sino que también guían nuestras percepciones, y en particular la percepción de las acciones de los demás. El mismo que habla de un modo gramaticalmente correcto, sin que conozca las reglas de la gramática, no sólo comprende todos los matices de significado que los demás expresan siguiendo las reglas gramaticales, sino que también puede corregir un error de gramática que cometen los demás.

Esta capacidad de percibir reglas (o regularidades, o modelos) en la acción de los demás es un fenómeno muy general e importante. Es un ejemplo de percepción *gestáltica*, pero de una percepción de un tipo particular de configuraciones. Mientras que en los ejemplos más comunes podemos especificar (explícitamente o de describir discursivamente, o explicar) las configuraciones que se reconocen como idénticas, y por tanto somos capaces de reproducir deliberadamente la situación de estímulo que producirá la misma percepción en distintas personas, todo lo que a menudo sabemos en los ejemplos que nos afectan y que serán materia principal de este ensayo es que una situación particular es reconocida por diversas personas como una situación de cierto tipo.

A estas clases de estructuras de sucesos que «nadie conoce y todos comprenden»⁷ pertenecen, en primer lugar, gestos y expresiones

⁷ E. Sapir (52, p. 556): «A pesar de estas dificultades de análisis consciente, respondemos a los gestos con suma rapidez, y podríamos decir, según un código secreto y elaborado que no está escrito en ninguna parte, no es conocido por nadie, pero que todos comprenden». Véase también la expresión de Goethe: «Ein jeder lebt's, nicht allen ist's bekannt» [Lo que uno vive no todos lo conocen].

faciales. Es significativo que la capacidad de responder a signos de los que no somos conscientes disminuya apenas nos alejamos del ámbito de nuestra cultura y nos acercamos a otras culturas distintas, y es significativo que en cierta medida exista también en nuestras relaciones recíprocas con (y también entre) los animales superiores⁸. En los últimos años, este fenómeno, conocido como «percepción fisiognómica»⁹, ha sido objeto de particular atención; parece, sin embargo, que el mismo se manifiesta con mayor frecuencia de lo que el término puede en un primer momento sugerir. La expresión no sólo guía nuestra percepción, sino que también nos permite reconocer una acción como orientada a un objetivo o finalidad¹⁰ y caracteriza también nuestra percepción de fenómenos no humanos e inanimados. Nos llevaría demasiado lejos considerar aquí las importantes aportaciones al conocimiento de estos fenómenos realizadas por la etología, en particular por los estudios sobre las aves de O. Heinroth, K.Z. Lorenz y N. Tinbergen¹¹, aunque sus descripciones del carácter «contagioso» de ciertos tipos de movimientos y del «innato mecanismo desencadenante» como «función perceptiva» sean extremadamente relevantes. En conjunto, deberíamos fijarnos en los problemas del hombre y ocuparnos sólo de vez en cuando de los demás animales superiores.

⁸ W. Köhler (27, p. 307) explica que el chimpancé «interpreta inmediata y correctamente los leves cambios de las expresiones humanas, tanto amenazadoras como tranquilizantes»; y H. Hediger (18, p. 282) escribe: «Im Tierreich, namentlich bei den Säugetieren, besteht eine weitverbreitete und überrachend hohe Fähigkeit, menschliche Ausdruckserscheinungen ganz allgemein aufs feinste zu interpretieren» [En el reino animal, en particular en los mamíferos, existe una extendida y sorprendentemente elevada capacidad de interpretar en general y de la manera más refinada fenómenos expresivos humanos]. R.E. Müller y sus colaboradores (37, p. 158) han demostrado que «el efecto del miedo y/o la ansiedad puede ser percibido o distinguido por los monos rhesus en la expresión facial y en la actitud de otros monos». Para una ilustración de la relación inversa, o sea del hombre que percibe las acciones de los monos como dotadas de sentido, véase la descripción de las observaciones de chimpancés en estado salvaje en A. Kortlandt (30).

⁹ Véase H. Werner (63 y 64), F. Heider (19) y J. Church (6), donde, después de terminar mi libro, he visto que se comparte esta tesis.

¹⁰ Véase en particular F.G. From (9) y E. Rubin (50), así como G.W. Allport (2, p. 520), que sintetizan diciendo que «la clave de la percepción de una persona reside en nuestra atención en lo que los otros *tratan de hacer*.»

¹¹ Véase respectivamente (20), (33 y 34) y (58).

III IMITACIÓN E IDENTIFICACIÓN

La principal dificultad que hay que superar para dar cuenta de estos fenómenos se percibe más claramente en relación con el fenómeno de la imitación. La atención que le han prestado los psicólogos ha sido muy fluctuante y, tras un periodo en que ha sido mínima, parece que de nuevo se ha vuelto muy considerable¹². El aspecto que ahora nos interesa no ha sido aún formulado con una claridad comparable a lo que Dugald Stewart puso de relieve por primera vez a finales del siglo XVIII¹³, y se refiere a una dificultad que comúnmente se ha pasado por alto, ya que con harta frecuencia se ha tratado con referencia al lenguaje, aunque es por lo menos plausible afirmar que los sonidos que emite un individuo éste los percibe como semejantes a los que emite otro.

La situación es muy diferente en el caso de los gestos, las actitudes, el andar y otros movimientos, en particular en el caso de las expresiones faciales, en las que los movimientos del propio cuerpo se perciben de un modo distinto de cómo se perciben los respectivos movimientos de otra persona. Prescindiendo de cuáles puedan ser a este respecto las capacidades de un recién nacido¹⁴, no hay duda de que los seres humanos aprenden muy pronto a reconocer y a imitar no sólo modelos complejos de movimiento, sino también que las distintas formas de «contagio», que se verifican en todas las formas de vida de grupo, presuponen una cierta identificación de los movimientos observados de otros con los movimientos propios¹⁵. Que sea el pájaro que se vea inducido a volar (o a atildarse las plumas, a rascarse, sacudirse, etc.) por haberlo visto hacer a

¹² Véase N.E. Miller y J. Dollard (36, en particular el apéndice 2), y también H.E. Harlow (14, p. 443), K. Koffka (28, pp. 307-19) y G. Allport (2, capítulo primero).

¹³ D. Stewart (56, capítulo sobre «La imitación simpatética»).

¹⁴ Sobre los resultados experimentales más recientes y los primeros escritos sobre la respuesta en forma de sonrisa de los recién nacidos, véase R. Ahrens (1), H. Plessner (44) y F.J.J. Buytendijk (5, a).

¹⁵ Véase D. Stewart (56, p. 139): «Para Conferir [a esta teoría] al menos una sombra de plausibilidad, debe suponerse que el niño dispone de la ayuda de un espejo que le permita conocer la existencia de su sonrisa, y la impresión que produce el ver estas sonrisas [...] esto no arroja ninguna luz sobre la dificultad actual mientras no se explique el proceso a través del cual el niño aprende a *identificar* lo que experimenta,

otros pájaros, o que sea el hombre que se ve inducido a bostezar o a desmerecerse por haber visto a otros hacer lo mismo, o que se trate de la más deliberada imitación realizada en la mímica o en el aprendizaje de un arte, lo que sucede en todos estos ejemplos es que un movimiento observado se traduce inmediatamente en la acción correspondiente, a menudo sin que el individuo que observa e imita sea consciente de los elementos en que consiste la acción, o bien (en el caso del hombre) sin que sea capaz de formular lo que observa y hace¹⁶.

Nuestra capacidad de imitar el andar, la actitud o los gestos de alguien no depende ciertamente de nuestra capacidad de describir todo esto con palabras. Con frecuencia somos incapaces de hacerlo, no sólo porque nos faltan las palabras adecuadas, sino porque no somos conscientes de los elementos que conforman estos modelos, ni del modo en que éstos se hallan relacionados. Podemos perfectamente tener un nombre para todo el conjunto de cosas¹⁷, o a veces emplear comparaciones tomadas de los movimientos de los animales (como «reptante», «feroz» y semejantes), o describir los comportamientos con expresiones de un atributo del carácter como «furtivo», «tímido», «decidido» u «orgullosos». En cierto sentido, sabemos lo que observamos, pero en otro sentido no sabemos qué es lo que observamos.

Ciertamente, la imitación es sólo un ejemplo particularmente obvio de los muchos en que reconocemos las acciones de los demás

o de lo que es consciente, por sí mismo, sobre lo que ve en la cara de los demás.» (Curso añadido.)

¹⁶ Véase P. Schilder (53, p. 244): «Las verdaderas acciones imitativas [...] se deben al hecho de que el modo en que se presenta un movimiento ajeno es capaz de evocar la representación del movimiento semejante del propio cuerpo, que, como todas las representaciones motoras, tiende a realizarse inmediatamente en los movimientos. Muchos de los movimientos de imitación de los niños entran en esta categoría.» El amplio trabajo experimental realizado sobre este fenómeno en tiempos recientes, con ayuda de aparatos elaborados, de la fotografía, etc., no nos ha enseñado mucho más de lo que ya sabía A. Smith cuando escribió (*Theory of Moral Sentiments*, en *Essays*, Londres, 1869, p. 10) que «cuando los espectadores contemplan a un funámbulo bailar sobre la cuerda, empiezan a contorsionarse, girar y equilibrar sus propios cuerpos con naturalidad, como ven que él hace, y como sienten que también harían ellos si se encontraran en la misma situación».

¹⁷ G. Kietz (24, p. 1) enumera 59 verbos y 67 adjetivos empleados en la región de Leipzig para describir distintos tipos de andar.

como pertenecientes a un tipo conocido, a un tipo en todo caso que podemos describir sólo indicando el «significado» que estas acciones tienen para nosotros, pero de las que no podemos precisar los elementos que llevan a ese significado. Cuando concluimos que un determinado individuo está de cierto humor o actúa intencionadamente, o a posta o sin esfuerzo, parece que esperamos algo¹⁸ o amenazar o aliviar a alguien, etc., generalmente no sabemos, y no podemos explicar, cómo podemos saberlo. Y, sin embargo, en general obramos con éxito basándonos en esta «comprensión» del comportamiento de los demás.

Todos estos ejemplos plantean un problema de «identificación», entendida no en el especial sentido psicoanalítico, sino en el significado común del término, el significado en que un movimiento nuestro (o una actitud, etc.) que se percibe a través de un sentido, se reconoce como formando parte del mismo tipo de movimientos de otras personas que percibimos a través de otro sentido. Antes de que sea posible la imitación, debe alcanzarse la identificación, o sea la correspondencia establecida entre modelos de movimiento que se perciben a través de distintas modalidades sensorias.

IV

LA TRANSFERENCIA DE REGLAS APRENDIDAS

El reconocimiento de una correspondencia entre esquemas formados de elementos sensoriales diferentes (pertenecientes a la misma o distintas modalidades sensoriales) presupone un mecanismo de transferencia del modelo sensorial, o sea un mecanismo para la transferencia de la capacidad de distinguir un orden o disposición abstracta de un campo a otro. Que una tal capacidad exista parece plausible, dado que semejante transferencia de aprendizaje en la esfera motora es un hecho demostrado: las habilidades aprendidas

¹⁸ Incluso el autor de *A Glossary of some Terms used in the Objective Science of Behaviour* (61, en la entrada «esperar») se ve obligado a decir que «si alguien no «sabe intuitivamente» qué significa esperar, está perdido».

por una mano bien pronto se transfieren a la otra, etc.¹⁹. Recientemente se ha demostrado también que, por ejemplo, monos amaestrados para responder a diferencias en los simples ritmos de señales luminosas (abrir una puerta tras dos señales de la misma duración y no abrirla tras dos señales de duración distinta) han transferido inmediatamente esta respuesta a los correspondientes ritmos de señales sonoras²⁰. En el ámbito de la percepción, muchos fenómenos *gestálticos*, como la transposición de una melodía, implican también la interpretación del mismo principio. Los puntos de vista dominantes sobre la naturaleza de la percepción no nos proporcionan, sin embargo, una estimación adecuada sobre cómo puede verificarse semejante transferencia²¹.

Un mecanismo de este tipo no es difícil de concebir. El punto principal que hay que tener presente es que, para que dos elementos sensoriales distintos («cualidades sensoriales elementales» o percepciones más complejas) sean capaces de ocupar la misma posición en un esquema de cierto tipo, deben tener ciertos atributos comunes. Si ambos no pueden variar a lo largo de una escala (como grande: pequeño, fuerte: débil, de larga duración: de corta duración, etc.) no pueden figurar en la misma posición como elementos de esquemas semejantes. La más importante de estas propiedades comunes de tipos distintos de sensaciones que les permiten ocupar el mismo puesto en un esquema de cierto tipo es su común estructura espacio-temporal: mientras las sensaciones visivas, táctiles, cinestésicas y auditivas pueden tener el mismo ritmo y las tres primeras forman también los mismos esquemas espaciales, esto no es posible para las sensaciones del olfato y del gusto²².

¹⁹ Una útil indagación sobre los hechos nos la proporcionan R.S. Woodworth y H. Schlossberg (67, cap. 24) en la que se ofrecen ejemplos de la transferencia de «capacidad perceptora». Véase también K.S. Lashley (31)), una obra rica en sugerencias útiles sobre nuestro problema.

²⁰ L.C. Stepien y otros (55, pp. 472-73).

²¹ En las discusiones sobre estos problemas la solución se halla generalmente en la concepción algo vaga de «esquema». Para referencias más recientes, véase R.C. Oldfield y O.L. Zangwill (42), R.C. Oldfield (41) y M.D. Vernon (60). Aquí no lo emplearemos como término técnico, porque con sus numerosos usos ha adquirido un añadido de connotaciones indeseadas.

²² Resulta cada vez más claro que también la percepción de modelos espaciales, que tendemos a adscribir a la presencia simultánea de elementos sensoriales que

Estos atributo comunes, que las sensaciones separadas deben poseer para poder formar los mismos esquemas, deben evidentemente tener nexos neuronales distintos (impulsos en grupos particulares de neuronas que los representan), ya que sólo así pueden tener, en algunos aspectos, el mismo efecto sobre nuestros procesos mentales y sobre nuestras acciones: si sensaciones distintas nos llevan a describirlos como «amplios» o «intensos» o «largos», los impulsos a ellos correspondientes deben, a un cierto nivel del orden jerárquico de valoración (clasificación)²³, alcanzar las mismas vías. En todo caso, cuando reconocemos que, para poseer atributos semejantes, las sensaciones causadas por impulsos nerviosos distintos deben poseer ciertos elementos idénticos entre la «secuencia»²⁴ que determina su cualidad, el problema de la transferencia de un esquema que ha sido aprendido en un campo sensorial a otro campo no ofrece serias dificultades.

Si un cierto orden o una cierta secuencia de elementos sensoriales que tienen determinados atributos ha adquirido una importancia decisiva, esta importancia estará determinada por la clasificación como equivalentes de los sucesos neuronales que indican esos atributos y se aplicará por tanto automáticamente a los mismos, aun cuando son evocados por sensaciones distintas de aquellas en relación a las cuales el esquema fue aprendido anteriormente. O bien, en otras palabras, las sensaciones que tienen

integran los modelos, reside ampliamente en un proceso de exploración (*skanning*) visiva y táctil y en la percepción de «gradientes», o sea en la particular secuencia de estímulos que se ve que siguen una regla. Por tanto, como nota K.S. Lashley (31, p. 128), «el orden espacial y temporal parece ser casi totalmente intercambiable en la acción cerebral». Podría parecer que la función de la teoría se haya convertido cada vez más en la de descubrir las reglas conforme a las que las distintas constelaciones de hechos físicos se traducen en categorías perceptivas, de modo que una gran variedad de conjuntos de hechos físicos se interpretan como la misma situación fenoménica. Este desarrollo se remonta a la idea de H. von Helmholtz de la «inferencia inconsciente» (21), que ha sido estudiada particularmente por J.C. Gibson (10) y que recientemente ha producido los resultados más notables en la demostración de I. Kohler sobre las «reglas generales» mediante las cuales el sistema visivo aprende a corregir distorsiones demasiado complejas y variables producidas por lentes prismáticas, cuando se mueve un ojo o la cabeza.

²³ Para una exposición sistemática de la teoría que subraya esta afirmación véase F.A. Hayek (16).

²⁴ Véase (16, § 3.34).

atributos comunes podrán formar elementos del mismo esquema, y este esquema será visto como del mismo tipo, aun cuando no se haya experimentado antes la conexión con los elementos particulares, ya que las de otro modo sensaciones cualitativas diversas tendrán, entre los impulsos que determinan sus cualidades, algunos que determinan únicamente el atributo abstracto en cuestión; y siempre que se adquiere en un campo la capacidad de reconocer una regla abstracta que sigue la combinación de estos atributos, el mismo modelo de base se empleará si las señales para esos atributos abstractos son evocados por un conjunto de elementos diversos. Lo que hace reconocer los modelos como iguales o distintos es la clasificación de la estructura de las relaciones entre estos atributos abstractos.

V MODELOS DE COMPORTAMIENTO Y MODELOS DE PERCEPCIÓN

A lo largo del propio desarrollo²⁵, todo organismo adquiere un gran repertorio de tales modelos perceptivos con los que puede dar respuestas específicas y, en el ámbito de este repertorio de modelos, algunos de los primeros y de los que se han fijado con mayor tenacidad serán los debidos al registro cinestésico de modelos de movimiento del propio cuerpo, modelos de movimiento que en muchos casos serán guiados por una organización innata y probablemente dirigidos por el aparato subcortical, aunque llevados y registrados a niveles más altos. La expresión «modelos de movimiento» sugiere a este respecto apenas la complejidad y variedad de los atributos de los movimientos implicados. Esta expresión no sólo incluye movimientos relativos de cuerpos rígidos y movimientos plegables o elásticos de cuerpos flexibles, sino también continuos y discontinuos, cambios de velocidad rítmicos o arrítmicos, etc. El abrir o cerrar las mandíbulas o los picos, o los característicos movimientos de las articulaciones, son ejemplos

²⁵ El término «desarrollo» se emplea para incluir no sólo la ontogenética, sino también los procesos filogenéticos.

relativamente sencillos de tales modelos. Generalmente, pueden ser analizados en los distintos movimientos separados, que juntos producen el modelo en cuestión.

El animal joven para el que la jornada comienza con la vista de sus padres y hermanos que bostezan o se desperezan, se limpian y defecan, exploran el ambiente, etc., y que pronto aprende a reconocer estos esquemas básicos como modelos propios innatos de movimiento, conexos a ciertas disposiciones (o actitudes), tenderá a poner en estas categorías perceptivas todo lo que poco más o menos se puede colocar en ellos. Estos modelos ofrecen los modelos maestros (modelos básicos, esquemas o *Schablonen*) en cuyos términos percibiremos muchos otros fenómenos complejos además de aquellos de los que se derivan los modelos. Lo que en un primer momento puede comenzar con un modelo de movimiento innato y bastante específico puede por tanto convertirse en un modelo aprendido y abstracto para clasificar los sucesos que se perciben («clasificar» se refiere aquí obviamente a un proceso de canalización, de apertura o «cierre» de los impulsos nerviosos, tal que produzca una disposición o una actitud particular)²⁶. El efecto de percibir que ciertos sucesos se producen según una regla será por tanto el hecho de que se impondrá otra regla en el curso ulterior de los procesos en el sistema nervioso.

El mundo fenoménico (sensorial, subjetivo o comportamental)²⁷ en que vive ese organismo estará por tanto formado en gran parte por modelos de movimiento característicos del propio tipo (especie o grupo ampliado). Éstos estarán entre las categorías más importantes a través de las cuales percibe el mundo y en particular la mayoría de las formas de vida. Nuestra tendencia a personificar los acontecimientos que observamos (o a interpretarlos en términos antropomórficos o animistas) probablemente es el resultado de una aplicación de esquemas dotados de los movimientos de nuestro propio cuerpo. Son ellos los que hacen, si no precisamente inteligibles, al menos perceptibles (comprensibles o dotados de sentido) complejos de acontecimientos que, sin esos

²⁶ Véase (15, cap. III).

²⁷ En contraste con el mundo objetivo, físico, científico, etc., véase (16, § 1.10).

esquemas perceptivos, no ofrecerían ninguna coherencia o carácter de conjunto.

No sorprende que la evocación explícita de estas interpretaciones antropomórficas se haya convertido en uno de los principales instrumentos de expresión artística con que el poeta o el pintor puede hacer aparecer el carácter de nuestras experiencias de una manera especialmente vívida. Expresiones como la de un nubarrón que se perfila amenazador ante nosotros, o de un paisaje sereno, risueño, sobrio o salvaje, son algo más que simples metáforas. Describen atributos reales de nuestras experiencias por el modo en que se manifiestan. Esto no significa que estos atributos pertenezcan a los sucesos objetivos, a no ser en el sentido de que nosotros los adscribimos intuitivamente a esos sucesos. No obstante, forman parte del ambiente por la forma en que lo conocemos y en que determina nuestra conducta. Y, como veremos, si nuestras percepciones en esos casos no nos ayudan a comprender la naturaleza, el hecho de que a veces esos modelos que leemos (o proyectamos) en la naturaleza sean todo lo que conocemos y que determina nuestras acciones lo convierte en un dato esencial para nuestros esfuerzos encaminados a explicar los resultados de la interacción humana.

La concepción según la cual con frecuencia percibimos modelos sin que seamos conscientes de los elementos que los integran (o incluso sin percibirlos en absoluto) contrasta con la creencia, profundamente arraigada, según la cual todo reconocimiento de formas «abstractas» «deriva» de nuestra percepción anterior de lo «concreto»: es el supuesto de que debemos ante todo percibir los detalles en toda su riqueza antes de aprender a abstraer de ellos aquellos aspectos que son comunes a otras experiencias. Pero aunque existe una cierta prueba clínica de que lo abstracto a menudo depende del funcionamiento de los centros nerviosos superiores y de que la capacidad de formar concepciones abstractas puede perderse mientras se retienen imágenes más concretas, en realidad no siempre es así²⁸. Tampoco esto probaría que lo concreto es cronológicamente anterior. Es por lo menos bastante probable que a menudo percibimos sólo los aspectos muy abstractos, o sea un

²⁸ Véase R.W. Brown (3, pp. 264-98) y (16, §§ 6.33-6.43).

orden de estímulos que individualmente no se perciben en absoluto o, por lo menos, no son identificados²⁹.

VI

MODELOS ESPECIFICABLES Y NO-ESPECIFICABLES

Se ha observado con frecuencia que a veces percibimos modelos que no podemos especificar. Pero este hecho no ha ocupado el lugar que le corresponde en la concepción general de nuestras relaciones con el mundo exterior. De ahí la conveniencia de explicitar los dos modos más familiares en que los modelos desempeñan una función en la interpretación de nuestro entorno. El ejemplo de todos conocido es el de la percepción sensorial de modelos, como las figuras geométricas, que podemos describir incluso explícitamente. Sin embargo, el hecho de que la habilidad en percibir intuitivamente y la de describir discursivamente un modelo no sea lo mismo se ha hecho patente con el avance de la ciencia, que ha llevado progresivamente a la interpretación de la naturaleza en términos de modelos que pueden ser contruidos por nuestro intelecto, pero no pueden ser imaginados intuitivamente (como los modelos en el espacio multidimensional). La matemática y la lógica se ocupan activamente de crear nuevos modelos, que nuestra percepción no nos muestra, pero que luego pueden o no adoptarse para describir relaciones entre elementos observables³⁰.

En un tercer caso, que es el que aquí más nos interesa, la relación es inversa: nuestros sentidos reconocen (o mejor, «proyectan» o «leen» en el mundo) modelos que en realidad no podemos describir³¹ discursivamente y que acaso nunca podremos especificar. Que existan ejemplos en los que reconocemos intuitivamente tales

²⁹ Véase J. Church (6, p. III): «Es perfectamente posible ver algo tan bien que sentimos que es algo peligroso o atrayente, pero no tan bien que sepamos qué es.»

³⁰ Véase F.A. Hayek (17), reimpresso como segundo ensayo de este volumen.

³¹ Compárese la observación de Goethe: «Das Wort bemüht sich nur umsonst, Gestalten schöpferisch aufzubauen» [La palabra se esfuerza inútilmente en construir creativamente *Gestalten*]. Véase también E.H. Gombrich (12, pp. 103-5 y 307-13) y en particular su observación (p. 307) según la cual «es como si el ojo conociera significados de los que la mente nada sabe».

modelos mucho antes de poderlos describir está suficientemente demostrado por el solo ejemplo del lenguaje. Sin embargo, una vez demostrada la existencia de algunos de estos casos, debemos estar preparados para descubrir que son más numerosos e importantes de lo que en un primer momento podemos pensar. Si en todos estos ejemplos somos capaces, aunque sólo sea en principio, de describir explícitamente las estructuras que nuestros sentidos consideran espontáneamente como ejemplos del mismo modelo, es lo que veremos al final de este ensayo.

El hecho de que reconozcamos modelos que no conseguimos especificar no significa, claro está, que tales percepciones puedan legítimamente servir de elementos de explicación científica (si bien pueden ofrecer las «intuiciones»! que suelen preceder a la formulación conceptual)³². Pero aunque tales percepciones no ofrezcan una explicación científica, no plantean sólo un problema de explicación; en la explicación de los efectos de las acciones humanas, debemos también tener en cuenta que éstas obedecen a percepciones de este tipo. Más adelante volveremos sobre este problema. Aquí sólo debemos poner de manifiesto que es totalmente coherente, por un lado, negar que los «conjuntos» que el hombre de ciencia percibe intuitivamente puedan aparecer legítimamente en su explicación y, por otro, insistir en que la percepción de estos conjuntos por parte de las personas cuyas interacciones son objeto de estudio deba constituir un dato del análisis científico. Veremos que percepciones de este tipo, que los comportamentistas radicales prefieren ignorar, porque los estímulos correspondientes no pueden definirse en «términos físicos», están entre los principales datos con que deben construirse nuestras explicaciones de las relaciones entre los individuos³³.

³² Es una cuestión distinta que en los diagnósticos médicos o de otro tipo la «percepción fisiognómica» desempeñe un papel muy importante de guía para la práctica. Sin embargo, tampoco aquí entra directamente en la teoría. Sobre su papel véase M. Polanyi (45a). Sobre estos problemas véase también H. Klüver (25, pp. 7-9) y K.Z. Lorenz (34, p. 176), el cual sugiere que «jamás se ha probado un hecho científico importante que con anterioridad no fuera visto simple e inmediatamente a través de una percepción gestáltica intuitiva».

³³ Es difícil decir en qué medida tales percepciones de modelos no especificables puedan incluirse en la común concepción de «datos de sentido», «datos de

En cierto sentido, en general es cierto que el requisito de que los términos en que se articula una explicación deben ser completamente especificables se aplica sólo a la teoría (a la fórmula general o al modelo abstracto) y no a los datos particulares que deben ponerse en lugar de los espacios vacíos para hacerla aplicable a los casos particulares. Por lo que respecta al reconocimiento de las condiciones particulares a las que puede aplicarse un enunciado teórico, debemos siempre basarnos en el acuerdo interpersonal, ya sea que las condiciones estén definidas en términos de cualidades sensoriales, como «verde» o «amargo», ya sea que estén definidas en términos de puntos que coinciden, como es el caso cuando medimos. En estos ejemplos bien conocidos, en general no surge ninguna dificultad, no sólo porque el acuerdo entre diversos observadores es muy alto, sino también porque sabemos cómo crear las condiciones en que distintas personas pueden experimentar las mismas percepciones. Las circunstancias físicas que producen estas sensaciones pueden ser deliberadamente manipuladas y generalmente asignadas a regiones espacio-temporales definidas, que el observador «llena» con la cualidad sensorial en cuestión. En general, veremos también que lo que les parece semejante a personas diferentes, tendrá el mismo efecto sobre otros; y consideramos una excepción bastante sorprendente el que a lo que nosotros nos parece semejante les parezca distinto a otros sujetos, o que lo que a nosotros nos parece distinto a otros les parezca igual³⁴. Y, sin embargo, podemos hacer experimentos con los estímulos a los que se deben tales percepciones; y aunque en última instancia la aplicabilidad de nuestro modelo teórico se basa también en la concordancia de las

observación», «datos perceptivos», «referentes empíricos», o «hechos objetivos», y acaso también decir si podemos seguir hablando de percepción a través de los sentidos y si no debemos más bien hablar de percepción a través de la mente. Podría parecer que todo el fenómeno que estamos considerando no puede encajar en la filosofía sensista, de la que derivan esas concepciones. Seguramente no es cierto, como revelan esos términos, que debemos estar en condiciones de describir todo lo que experimentamos. Si bien podemos tener un nombre para indicar estas percepciones no especificables que nuestros semejantes comprenden, no sabemos en modo alguno explicar en qué consisten a una persona que, en cierto sentido, no percibe ya los mismos complejos de sucesos de los que no podemos explicar ulteriormente qué tengan en común.

³⁴ Véase (16, § § 1.6-1.21) y (15, pp. 18-24).

percepciones sensoriales, podemos empujarlas, por decirlo así, tan hacia atrás como queramos.

La situación es distinta cuando no conseguimos especificar las estructuras de elementos que la gente en realidad considera como un mismo modelo y llama con el mismo nombre. Aunque en cierto sentido la gente en esos casos sabe lo que percibe, en otro sentido no sabe qué es lo que percibe. Mientras que todos los observadores pueden efectivamente concordar en que una persona es feliz, o actúa deliberadamente o con torpeza, o espera algo, etc., no pueden dar a personas que no saben qué significan esos términos lo que a veces de forma engañosa se llama definición «ostensiva», porque no saben indicar las partes del entorno observado en que esas actitudes son reconocibles.

La inteligibilidad de las comunicaciones que hay que comprender (o la comprensión de su significado) sobre la base de las percepciones de las reglas que éstas siguen es exactamente el ejemplo más conspicuo de un fenómeno de mucho mayor alcance. Lo que percibimos al mirar a otras personas (y en cierta medida también a otros seres vivos)³⁵ no son tanto los movimientos particulares, cuanto un cuerpo, un humor o una actitud (disposición o postura) que reconocemos sin saber por qué. De estas percepciones es de las que derivamos la mayor parte de las informaciones que hacen que nos sea inteligible la conducta de los demás. El reconocimiento de una acción encaminada a un fin se produce siguiendo una regla que nos es familiar, pero que no conocemos explícitamente. Del mismo modo que el acercamiento de otra persona, ya sea amistoso u hostil, que ésta esté jugando o esté intentando vendernos algo o pretenda hacer el amor lo comprendemos sin saber por qué. En general, en estos ejemplos no conocemos lo que los psicólogos llaman «indicios» (o «pistas») por los que los hombres reconocen lo que para ellos es el aspecto importante de la situación; y en la mayoría de los casos no existen efectivamente indicios específicos en el sentido de sucesos particulares, sino que

³⁵ Si los vitalistas encuentran las explicaciones causales de los fenómenos de la vida tan insatisfactorias, probablemente es porque tales explicaciones no dan plenamente cuenta de aquellos aspectos a través de los cuales reconocemos concordemente algo como viviente.

existe simplemente un modelo de cierto tipo que para ellos tiene un significado.

VII LA CADENA MÚLTIPLE DE REGLAS

Hemos denominado al fenómeno del que nos estamos ocupando «percepción guiada por reglas» (*rule perception*) (aunque «percepción guiada por regularidades» acaso sería más apropiado)³⁶. Esta expresión ofrece ventajas frente a expresiones como «percepción de modelos, porque sugiere con mayor eficacia que tales percepciones pueden tener cualquier grado de generalidad o abstracción y porque incluye claramente órdenes tanto temporales como espaciales, y es compatible con el hecho de que las reglas a que se refiere interactúen en una estructura compleja. También es útil poner de relieve la conexión entre las reglas que guían la percepción y las que guían la acción³⁷.

No trataremos aquí de dar una definición de «regla». Conviene, sin embargo, notar que, al describir las reglas con que un sistema funciona, al menos algunas de estas reglas tomarán la forma de imperativos o normas, o sea la forma «si *A*, entonces haz *B*», aunque si una vez establecido un entramado de tales imperativos, en su interior pueden emplearse reglas del tipo «si *A*, entonces *B*» para determinar las premisas de las reglas imperativas. Pero mientras que todas las reglas indicativas podrían formularse como reglas imperativas (precisamente en la forma «si *A*, entonces haz *B*» lo contrario no es válido.

Las reglas inconscientes que guían nuestra acción se representan a veces como «costumbres» o «usos». Pero estos términos no dejan de ser equívocos, ya que suelen emplearse para referirse a acciones muy específicas o particulares. Pero, por lo general, las

³⁶ Véase O.G. Selfridge (54, p. 345): «Un modelo es equivalente a una serie de reglas para reconocerlo» y (p. 356): «Por reconocimiento de modelos se entiende la clasificación de los modelos en categorías aprendidas.»

³⁷ La importancia crucial del concepto de regla a este respecto la he aprendido leyendo a T.S. Szasz (57) y R.S. Peters (43), que me han ayudado a ordenar varias líneas de pensamiento de origen diverso.

reglas de que estamos hablando controlan o circunscriben sólo ciertos aspectos de acciones concretas, proporcionando un esquema general que luego se adapta a las circunstancias particulares. Con frecuencia determinan o limitan sólo la gama de prioridades dentro de la que se opera la elección de manera consciente³⁸. Mediante la eliminación de ciertos tipos de acción y ofreciendo al mismo tiempo ciertos modos rutinarios de conseguir el objetivo, restringen simplemente las alternativas sobre las que es necesaria una acción consciente. Las reglas morales, por ejemplo, que se han convertido en parte de la naturaleza de un hombre, significan que ciertas opciones, aunque concebibles, no aparecerán en absoluto entre las posibilidades de quien elige. Incluso decisiones que fueron fruto de atenta ponderación estarán, pues, determinadas por reglas de las que la persona agente no es consciente. Como ocurre con las leyes científicas³⁹, las reglas que guían la acción de un individuo son más adecuadas para determinar lo que no hará que lo que hará.

Las relaciones entre reglas de percepción y reglas de acción son complejas. Por lo que se refiere a la percepción de acciones de otros individuos, ya hemos visto que la percepción de los modelos de acción propios ofrece los modelos principales mediante los cuales se reconocen los modelos de acción de los demás individuos. Pero reconocer un modelo de acción como perteneciente a una clase determina solamente que tiene el mismo significado que otros de la misma clase, pero no indica qué significado tiene. Este último reside en el modelo de acción sucesivo, o en el conjunto de reglas que, en respuesta al reconocimiento de un modelo como el de un cierto tipo, el organismo impone a sus actividades ulteriores⁴⁰.

³⁸ Véase G. Humphrey (22, en particular p. 255) que distingue, sobre la base de las costumbres, entre la estrategia fija y tácticas variables.

³⁹ Véase K.R. Popper (46).

⁴⁰ Supongo que es esta relación circular entre modelos de acción y modelos de percepción la que V. von Weizsäcker tenía en mente al hablar de *Gestaltkreis* (65). A este respecto convendría decir que, aparte los teóricos de la *Gestalt*, quienes han prestado más atención a los fenómenos que aquí se tratan son principalmente estudiosos influidos por concepciones fenomenológicas o existencialistas, aunque no pueda aceptar sus interpretaciones filosóficas. Véase en particular F.J.J. Buytendijk (5), M. Merleau-Ponty (35), y H. Plessner (44). Véase también (15, § 4.45-4.63 y 5.63-5.75).

Toda percepción de una regla en los sucesos externos, así como todo suceso particular percibido o cualquier necesidad que surge de los procesos internos del organismo, añade por tanto o modifica el conjunto de reglas que gobiernan las ulteriores respuestas a nuevos estímulos. El total de estas reglas activadas (o de condiciones impuestas a la acción ulterior) es el que constituye lo que suele llamarse actitud (disposición) del organismo en todo momento particular, y la importancia de las nuevas señales recibidas residen en la manera en que éstas modifican este conjunto de reglas⁴¹.

Es difícil exponer en breve la complejidad del modo en que estas reglas pueden superponerse y relacionarse entre sí. Debemos suponer no sólo que, desde el lado perceptivo, existe una jerarquía de clases superpuestas, sino que parejamente también desde el lado motor, no sólo simplemente disposiciones a actuar según una regla, sino disposiciones a cambiar disposiciones, etc., darán lugar a cadenas extraordinariamente largas. En realidad, debido a las interconexiones entre los elementos sensoriales y motores a todos los niveles resulta imposible distinguir claramente entre una rama ascendente (sensorial) y otra descendente (motora) del proceso; deberíamos más bien concebir el conjunto como una corriente continua en que la conexión entre cualquier grupo de estímulos y un grupo de respuestas está influida por muchos arcos de distinta longitud, con los más largos que no sólo controlan los resultados de los más cortos, sino que son a su vez controlados por los procesos presentes en los centros más altos a través de los que pasan. El primer paso de la clasificación sucesiva de los estímulos debe verse por tanto como el primer paso en una sucesiva imposición de reglas a la acción y, al mismo tiempo, la especificación final de una acción particular como el paso final de muchas cadenas de sucesivas clasificaciones de estímulos, según las reglas a las que corresponde la combinación⁴².

⁴¹ Para que la llegada de modificadores adicionales de una acción, que podría estar ya suficientemente determinada por otras circunstancias, no conduzca a una sobredeterminación, se precisa una organización más compleja que la representada, por ejemplo, por un sistema de ecuaciones simultáneas, algo en que una instrucción «normal» (una finalidad general o de rutina) pueda ser sustituida por otra que contiene informaciones más específicas.

⁴² Véase (16, § § 4.45-4.63 y 5.63-5.75).

Podría parecer que de esto se sigue que el significado (o sea la connotación, la intención) de un estímulo o de un concepto será normalmente una regla impuesta sobre ulteriores procesos mentales que no tienen por qué ser conscientes o especificables. Esto implica que un concepto del género no tiene necesidad de ir acompañado por una imagen o de tener un «referente» externo: acciona simplemente una regla que el organismo posee. Esta regla impuesta a procesos ulteriores no debería obviamente confundirse con la regla a través de la cual se reconoce el símbolo o la acción con significado. Tampoco debemos esperar encontrar una simple correspondencia entre la estructura de un sistema de símbolos cualquiera y la estructura del significado: aquello con lo que tenemos que tratar es una serie de relaciones entre dos sistemas de reglas. Gran parte de las actuales filosofías del «simbolismo» parece a este respecto que están en un error, por no hablar de la paradoja de una «teoría de la comunicación» que cree poder explicar la comunicación ignorando el significado o el proceso de comprensión.

VIII

GNOSIS TOU OMOIOU TO OMOIO [CONOCIMIENTO DE LO SEMEJANTE POR LO SEMEJANTE]

Debemos considerar más detenidamente el papel que debe desempeñar la percepción del significado de la acción de otras personas en la explicación científica de la interacción humana. El problema que aquí se plantea se conoce en el ámbito de la metodología de las ciencias sociales como el del *Verstehen* (comprensión). Ya hemos visto que la comprensión del significado de las acciones es del mismo tipo que la comprensión de la comunicación humana (o sea de la acción orientada a ser comprendida). Incluye lo que los autores del siglo XVIII calificaban como «simpatía» y lo que más recientemente se ha estudiado bajo el nombre de «empatía» (*Einführung*). Puesto que hemos de ocuparnos principalmente del uso de tales percepciones como datos para las ciencias sociales teóricas, nos centraremos sobre lo que a veces se denomina comprensión racional (o reconstrucción racional), es decir sobre los ejemplos en los que reconocemos que las personas cuyas acciones nos interesan

basan sus decisiones sobre el significado de lo que perciben. Las ciencias sociales teóricas no consideran todas las acciones de una persona como un conjunto inexplicable e imposible de especificar, sino que en sus esfuerzos encaminados a explicar las consecuencias no intencionadas de las acciones individuales tratan de reconstruir el razonamiento del individuo a partir de los datos que le son suministrados por el reconocimiento de las acciones de los demás como conjuntos dotados de sentido. Señalaremos esta limitación al hablar de la inteligibilidad del significado de la acción humana más bien que de la comprensión⁴³.

La cuestión principal que hay que considerar se refiere a qué, y cuánto, debemos tener en común con otras personas para considerar sus acciones inteligibles o dotadas de sentido. Hemos visto cómo nuestra capacidad de reconocer que la acción sigue reglas y tiene significado reside en el hecho de que nosotros mismos estamos ya provistos de estas reglas. Este «conocimiento a través de la familiaridad» presupone, pues, que algunas reglas en cuyos términos percibimos y actuamos como aquellas a través de las cuales se guía la conducta de las acciones que interpretamos.

La opinión según la cual la inteligibilidad de la acción humana presupone cierta semejanza entre el autor y el intérprete de su acción ha conducido a la tergiversación de lo que significa, por ejemplo, que «sólo un historiador belicoso puede ocuparse de Gengis Khan o de Hitler»⁴⁴. Lo cual, desde luego, no es lo que esa opinión sugiere. No es necesario ser completamente semejantes o tener un carácter parecido al de aquellos cuyas comunicaciones o demás acciones comprendemos, pero debemos estar hechos con los mismos ingredientes, por más distinta que pueda ser la medida en los casos particulares. El requisito de la semejanza es del mismo tipo del que se halla presente en la comprensión del lenguaje, aunque en este último caso la especificidad de los lenguajes añadida a

⁴³ Véase L. von Mises (38 y 39), que distingue entre *Begreifen* y *Verstehen*, aunque yo preferiría traducir su *Begreifen* por «comprensión» en lugar de con el término inglés *conception*. Debo al primero de sus trabajos la cita de Empédocles, empleada como título de este párrafo, que está tomada de Aristóteles, *Metafísica*, ii, 4, 1000. Un atento análisis de todo el problema del *Verstehen*, merecedor de ser conocido más a fondo, lo encontramos en H. Gomperz (13).

⁴⁴ J.W.N. Watkins (62, p. 740).

determinadas culturas un requisito ulterior, que no sirve para la interpretación del significado de otras muchas acciones. Nadie tiene necesidad de estar con frecuencia, e incluso siempre, muy enfadado para conocer el enfado o para interpretar un temperamento colérico⁴⁵. Tampoco es absolutamente necesario ser como Hitler para comprender su razonamiento del mismo modo que se pueden comprender los procesos mentales de un imbécil. A nadie tienen que gustarle las mismas cosas que le gustan a otro para comprender qué significa «gustar»⁴⁶. La inteligibilidad es seguramente cuestión de grado, y es un lugar común que las personas que son más semejantes se comprenden mejor. Pero esto no cambia el hecho de que incluso en el caso límite de la comprensión limitada que se verifica entre hombres y animales superiores, y más aún en la comprensión entre hombres de distinto trasfondo cultural o de carácter diferente, la inteligibilidad de las comunicaciones y demás actos descansa en una semejanza parcial de la estructura mental.

Es cierto que no hay ningún procedimiento sistemático por el que podamos establecer en un caso particular si nuestra comprensión del significado de la acción de otros es correcta, pero es cierto que por esta razón jamás podremos estar seguros de este tipo de hechos. Pero quienes guían su acción gracias a las percepciones fisiognómicas suelen ser también conscientes de esto, y el grado de seguridad que atribuimos a su conocimiento del significado de las acciones de otro hombre es también un dato, como el significado mismo, gracias al cual se orientan, y por consiguiente entran del mismo modo en nuestro cálculo científico de los efectos de la interacción entre muchos individuos.

⁴⁵ Véase R. Redfield (47): «El antropólogo demuestra la existencia de la naturaleza humana siempre que descubre lo que piensa y siente un pueblo exótico. Sólo puede hacerlo suponiendo que tiene en común con él ciertas propensiones o actitudes adquiridas; éstas constituyen la naturaleza humana. Para conseguir descubrir de qué se avergüenza un indio Zuni, es preciso antes saber de que debemos avergonzarnos.»

⁴⁶ Véase H. Klüver (26, p. 286): «Debería ser claro que las cualidades «emotivas» o «afectivas» pueden hacerse visibles como propiedades «fisiognómicas» sin que les sucedan eventos emotivos al observador o a los objetos observados. Podremos ver, por ejemplo, «tristeza» o «agresividad» en un semblante sin que nos afecte emotivamente.»

IX
 REGLAS SUPER-CONSCIENTES Y EXPLICACIÓN
 DE LA MENTE

Hasta ahora nuestro razonamiento se ha venido basando únicamente en el supuesto innegable de que en efecto no somos capaces de especificar todas las reglas que guían nuestras percepciones y nuestras acciones. Ahora debemos considerar si es concebible que nos encontremos en la posición de poder describir discursivamente todas estas reglas (o al menos una a nuestra discreción), o si la actividad mental debe ser siempre guiada por algunas reglas que, en principio, no estamos en condiciones de especificar.

Si resultara que es fundamentalmente imposible enunciar o comunicar todas las reglas que guían nuestras acciones, incluidas nuestras comunicaciones y afirmaciones explícitas, ello implicaría una limitación de nuestro posible conocimiento explícito y, en particular, la imposibilidad de explicar siempre y de manera exhaustiva una mente compleja como la nuestra. Sin embargo, aunque no puedo ofrecer una prueba rigurosa, creo que esto es lo que se deduce de nuestras consideraciones anteriores.

Si todo lo que podemos expresar (enunciar, comunicar) es inteligible a los demás sólo porque su estructura mental se guía por reglas como las nuestras, de ello se sigue que estas mismas reglas jamás pueden ser comunicadas. Esto, al parecer, implica que en cierto sentido sabemos siempre no sólo más de lo que sabemos enunciar deliberadamente, sino también más de aquello de lo que somos conscientes o que podemos deliberadamente probar; y lo que hacemos con éxito depende de presupuestos que están fuera de la gama de lo que podemos enunciar o que puede ser objeto de nuestra reflexión. La aplicación a todos los pensamientos conscientes de lo que parece evidentemente verdadero de los enunciados verbales se deriva, al parecer, de que un pensamiento del género debe considerarse, si no hemos de caer en un regreso al infinito, dirigido por reglas que, a su vez, no pueden ser conscientes, o sea por un mecanismo super-consciente⁴⁷, que

⁴⁷ O mejor, acaso, «meta-consciente», dado que el problema es esencialmente el mismo de aquellos que hablan de reglas meta-matemáticas, meta-lingüísticas y meta-jurídicas.

opera sobre los contenidos de la conciencia, pero que no puede a su vez ser consciente⁴⁸.

La principal dificultad para admitir la existencia de estos procesos super-conscientes radica probablemente en nuestra costumbre de considerar el pensamiento consciente y las afirmaciones explícitas como el nivel en cierto sentido más alto de las funciones mentales. Mientras es evidente que a menudo no somos conscientes de los procesos mentales, porque éstos no han alcanzado aún el nivel de la conciencia, sino que se encuentra en los que (fisiológica y psicológicamente) son los niveles más bajos, no hay ninguna razón para que el nivel consciente tenga que ser el nivel más alto, y hay varios motivos que hacen probable que, para ser conscientes, los procesos deben ser guiados por un orden super-consciente que no puede ser objeto de las propias representaciones. Los sucesos mentales, pues, pueden ser inconscientes e incommunicables porque proceden ya sea en un nivel demasiado alto o bien en otro demasiado bajo.

En otras palabras, si «tener significado» quiere decir tener un lugar en un orden que compartimos con otras personas, este mismo orden no puede tener significado, porque no tiene en sí mismo un lugar en él. Un punto puede tener un lugar preciso en una red de líneas que lo distingue de todos los demás punto de la red; del mismo modo, una estructura compleja de relaciones se puede distinguir de todas las demás estructuras semejantes gracias a un punto en una estructura más amplia que proporciona un «lugar» distinto de todo elemento de la primera estructura y de sus relaciones. Pero el carácter distintivo de semejante orden jamás podría definirse por su lugar, y un mecanismo que posee un orden de este

⁴⁸ Hace veinte años sugerí (15, p. 48) que podría parecer que todo mecanismo de clasificación debe poseer siempre un grado de complejidad mayor que el de todos los objetos distintos que clasifica y que, si esto es así, se sigue que nuestro cerebro no está jamás en condiciones de producir una explicación completa de los modos particulares en que clasifica los estímulos (distinta de una pura explicación de principio); y diez años después traté de presentar el argumento de un modo más exhaustivo (16, §§ 8.66-8-68). Ahora creo que esto se sigue de lo que entiendo del teorema de G. Cantor en la teoría de los conjuntos, según la cual en todo sistema de clasificación existen siempre más clases que cosas que clasificar, lo cual implica presumiblemente que ningún sistema de clases se puede contener a sí mismo. Pero no me considero a la altura de intentar ofrecer una demostración de ello.

tipo, aunque puede indicar el significado gracias al hecho de referirse a ese lugar, no puede nunca reproducir, con su acción, el conjunto de relaciones que define este lugar, de tal suerte que lo distinga de otro conjunto de relaciones semejante.

Es importante no confundir la hipótesis de que un sistema debe funcionar siempre según ciertas reglas que no es capaz de comunicar con la hipótesis de que existen reglas particulares que ningún sistema del género jamás podría formular. La primera hipótesis significa que siempre habrá reglas que guían la mente que la misma no es capaz de comunicar y que, si por ventura consiguiera adquirir la capacidad de comunicarlas, ello supondría que ha adquirido reglas mucho más complejas que hacen posible la comunicación anterior, pero que aún sería posible comunicar.

Para quienes conocen el famoso teorema atribuido a Kurt Gödel, probablemente resultará obvio que estas conclusiones se hallan estrechamente ligadas a las que el propio Gödel ha demostrado que existen en sistemas aritméticos formalizados⁴⁹. Podría, pues, parecer que el teorema de Gödel no es más que un caso especial de un principio más general que se aplica a todos los procesos conscientes y en particular a los racionales, como el principio según el cual entre sus factores determinantes debe haber siempre reglas que no pueden enunciarse y que incluso pueden no ser conscientes. Todo lo que podemos decir, y probablemente todo aquello en que podemos pensar conscientemente, presupone al menos la existencia de una estructura que determina su significado, o sea un sistema de reglas que nos guía, pero que no podemos enunciar ni tener del mismo una imagen, y que simplemente podemos evocar en los otros en la medida en que éstos ya lo poseen.

Nos llevaría demasiado lejos intentar examinar los procesos por los que la manipulación de reglas de las que somos conscientes conduciría a la construcción de ulteriores reglas meta-conscientes, gracias a los cuales podríamos estar en condiciones de formular explícitamente reglas de las que antes no éramos conscientes. Parece probable que gran parte de los poderes misteriosos de la creatividad científica se deben a procesos de este tipo que implican

⁴⁹ Véase E. Nagel y J-R. Newman (40) para una exposición semi-popular.

una reconstrucción de la matriz meta-consciente en que se mueven nuestros pensamiento conscientes.

Debemos contentarnos con ofrecer un marco en el que el problema del significado (inteligibilidad, importancia, comprensión) pueda tratarse sensatamente. Ir más allá requeriría la existencia de un modelo formal de sistema causal capaz no sólo de reconocer reglas en los sucesos observados, y de responder a los mismos según otro conjunto de reglas distintas pero relacionadas con las anteriores, sino también capaz de comunicar sus percepciones y acciones a otro sistema del mismo tipo, y finalmente la demostración de que dos sistemas del género que comunican deben ser guiados por un conjunto común de reglas que no pueden a su vez comunicarse entre sí. En todo caso, ésta es una tarea que trasciende el objetivo de este ensayo y también la capacidad del autor.